

La noticia de la comunicacion geográfica, hecha por el bibliotecario del Papa, sancionó la aprobacion que el Nuncio apostólico, el gran cardenal de España, el primer catedrático de Teología en Salamanca, y el franciscano cosmógrafo Juan Perez de Marchena daban á las ideas de Colon. Es evidente que la proteccion del clero parecia servir de fianza á aquel extranjero. Así fué que se hizo ménos general la desconfianza hácia él mismo.

Muy pronto corrió el rumor de que el mayor de los tres hermanos Pinzon, llamado comunmente el señor Martín Alonso, tenía aficion al proyecto del genoves. Hasta se añadía que se proponía probar la aventura en la *Niña*, hermosa carabela propia de Vicente Yañez Pinzon, el más jóven de los tres hermanos, destinado á ser una de las grandes celebridades del mar. Efectivamente, los tres hermanos Pinzon habian firmado un convenio con el amigo del padre Juan Perez. Su ejemplo favoreció maravillosamente las influencias del Guardian de la Rábida. La mayor parte de los marinos comenzaron á tranquilizarse,

El crédito de los Pinzon era grande en Palos. El señor Martín Alonso hacia el comercio de aparejos y provisiones para los buques; era el principal proveedor de la marina en el puerto. Por su fortuna, conocimientos y la antigüedad de su familia descollaba entre las personas notables de la ciudad. Desde entónces, sin que Juan de Peñasola tuviera que proceder ya con rigor, ofreció Palos en cumplimiento de su carga, como segunda carabela, cierta carraca de antiguos servicios en el mar, llamada «*la Gallega*,» demasiado grande quizás, gruesa y pesada, pero muy sólida. Aunque era impropia para el servicio á que se la destinaba, ni Colon, ni el fraile Juan Perez, su consejero, se atrevieron á rehusarla, por temor de aumentar de este modo las dilaciones ya tan grandes para su impaciencia. Aceptóse, pues, la carraca *Gallega* en calidad de carabela, y empezaron á armarla. Hasta la escogió Colon para enarbolar en ella su pabellon de jefe. Sólo cambió su nombre, para hacerla cristiana, y poniéndola bajo la especial proteccion de la Virgen Santísima, hizo que fuese bendecida y llamada *Santa Maria*.

Durante los preparativos del armamento, continuaba Cristóbal Colon viviendo como discípulo de la Orden Seráfica. Sólo por necesidad salía del convento, ocupándose en el cuidado de su alma, y progresando en la perfeccon cristiana. Sin duda fué entónces cuando entró como miembro de la Tercera Orden en la regla de San Francisco. Pasaba los días en la oracion y contemplacion de los misterios. Procuraba todo lo posible hacerse de cada día más digno de la bondad de Dios, que se había dignado escogerle para una obra sin igual entre los hombres. No se irritó en manera alguna por las dilaciones, espantos y mala voluntad de los ciudadanos de Palos, aunque oponian á su partida obstáculos tan serios que la autoridad real no podía vencer por sí sola.

La Historia ha conservado el recuerdo de los generosos esfuerzos del Guardian

de la Rábida para tranquilizar los ánimos y estimular el valor; pero en esta parte no hace mencion ninguna de Colon. Él, que, en sus viajes posteriores, desplegó tanta actividad y se ocupó en los más mínimos pormenores, no parece haberse tomado esta vez la más insignificante molestia.

Comprendiendo que su cualidad de extranjero esterilizaba su elocuencia; que no creían en él; que no podía formar á su gusto su estado mayor y la clase de oficiales, ni alistar por sí mismo sus tripulaciones; que le era preciso tomar lo que pondrían á su disposicion la necesidad y los reducidos recursos de la poblacion de Palos, aceptaba con abnegacion lo que la Providencia había decidido. Formaba uno de sus principios el de no tentar á Dios; y como corolario el de no violentar las circunstancias, sino sufrirlas con resignacion, y desplegando al mismo tiempo toda la actividad y constancia que caben en lo humano. Sentía en su corazon cierta seguridad inspirada, no se espantaba en manera alguna por las dificultades, no se preocupaba ya de lo exterior, y permanecía en aquel retirado convento, tan querido de su corazon, cuna de su destino, donde había encontrado un amigo incomparable, el más intimo y el más amante que haya habido en la tierra.

Seguro en adelante de que su mision debía realizarse, no dejaba su trabajo interior, y se limitaba á inspeccionar de vez en cuando, con su experta mirada, los pormenores del armamento, que los Pinzon vigilaban con tanto mayor cuidado cuanto les correspondía por estar ellos muy interesados en el buen éxito de la expedicion; porque los tres hermanos, y particularmente el menor, Vicente Yañez Pinzon, á instancias del padre Juan Perez, habian adelantado á Colon la octava parte del gasto total (1) que él debía suministrar.

En una de sus repentinas apariciones entre los trabajadores, sorprendió Colon una estratagema imaginada por Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, para librarse de aquella navegacion que les aterraba. Habian dispuesto de tal manera el timon de la *Pinta*, que las piezas, perfectamente ajustadas en apariencia, quedarían desensambladas ó desmontadas á la primera marejada. Quiso obligarles á comenzar otra vez el trabajo; pero los carpinteros huyeron y los calafates se escondieron.

El infatigable franciscano prestó entónces al mundo nuevos servicios, llevando otra vez á los operarios al trabajo y excitándoles con sus saludables exhortaciones. Gracias á él, más bien que á los tres hermanos Pinzon y al guardia de corps Juan de Peñasola, que estuvo constantemente en el puerto para acelerar la partida, los tres buques de la expedicion estuvieron á fines de julio dispuestos para hacerse á la vela.

(1) Herrera, *Historia general*, década 1.^a, lib. I, cap. ix.

§ VI.

Ningun historiador ha dado hasta hoy relacion circunstanciada de los preparativos de este viaje ni determinado la naturaleza de los medios de llevarle á cabo. Se han limitado todos á conjeturas poco meditadas. Se ha creido dar mayor interés á esta expedicion, suponiendo que se realizó en « tres grandes barcas, » una sola de las cuales tenía puente. La mayoría de los escritores nos muestran á Colon precisado á partir, aventurándose en embarcaciones que Robertson compara á las « mayores lanchas ; » que Washington Irving llama « barcas ligeras, » á las que dá Lamartine el nombre de « las tres barcas, » y que Aquiles Jubinal designa con el nombre de « barcas costaneras ; » mezquinas embarcaciones que la primera tempestad hubiera hecho zozobrar. Creer semejante imprudencia es conocer muy poco la sabiduría del hombre suscitado por Dios para semejante empresa.

Colon, que no aventuraba nada á la casualidad, no habría, de seguro, cometido jamas accion tan temeraria. Ni siquiera se habría embarcado sino hubiese obtenido más que dos embarcaciones. Pedia á lo ménos tres, y el resultado justificó sus previsiones, probando que si no hubiese tenido consigo más que dos buques, jamas habría la Europa tenido noticia de su Descubrimiento. ¿Cómo se habría confiado al Océano con « tres barcas, » segun se ha repetido con insistencia, creyendo realzar con esta temeridad el valor de su empresa? Por cierto que los peligros que iba á arrostrar eran bastante terribles por sí solos sin añadirles los peligros que acarrea la imprevision.

Parécenos interesante regalar á la historia, despues de casi cuatro siglos de silencio, algunos pormenores exactos acerca de las disposiciones materiales de esta expedicion, la más importante de la humanidad.

Colon había pedido expresamente tres « carabelas. » Efectivamente, para acercarse á las costas, otros buques mayores habrian sido un peligro ó un obstáculo.

Sabios hay que han disertado muy por extenso acerca de la etimología, griega segun unos, árabe segun otros, italiana en concepto de algunos, de la palabra CARABELA; y sostenido la poca cabida de estos buques. No tememos emitir una opinion absolutamente contraria á la tan generalmente adoptada con respecto al mezquino gálibo de las carabelas. Los hechos tienen una lógica más concluyente que las etimologías y las definiciones eruditas.

Decimos pues que las carabelas no eran tan pequeñas como se supone. Su destino implicaba evidentemente dimensiones proporcionadas á su empleo. Además, desempeñaban á un mismo tiempo el oficio de nuestros bergantines y gabarras;

servían para trasportar tropas, viveres, artillería, y para los combates en alta mar. Carabelas fueron los únicos barcos enviados por el infante don Enrique en descubrimiento del Océano y las costas del África occidental. Cuando el rey Juan II se rebajó al extremo de intentar, en perjuicio de Colon, su expedicion clandestina, hizo partir una carabela so pretexto de ir á abastecer la colonia del Cabo Verde. Y en aquel mismo instante, al saber Portugal los preparativos de Castilla, proyectando impedir por la violencia la empresa de Colon, enviaba contra él tres carabelas solamente.

No eran pues las carabelas de tan poco tonelaje.

Las que se habían armado en Palos para aquel viaje eran suficientes para su objeto, y así consta positivamente de una circunstancia de aquella navegacion. El más pequeño de los tres buques, aquella carabela cuyo nombre indicaba su poca capacidad, la *Niña*, provista solamente de velas latinas, como las lanchas pescadoras de Marsella, durante aquella navegacion y á consecuencia de un accidente de mar, se encontró llevando cincuenta y seis personas con su equipo, numerosas muestras de objetos desconocidos en Europa, una sobrecarga de artillería y parte de los aparejos de la *Santa Maria*, sin que aquel peso hiciera bajar sensiblemente su linea de flotacion. Segun testimonio de Colon, podia llevar á lo ménos cien hombres más (1).

Sin tener todas puente corrido llevaban las carabelas en la popa y proa, que eran muy altas, un sólido castillo de madera, dispuesto para el ataque y la defensa. Á causa de su gran elevacion por encima del agua, se las clasificaba entre las naves de alto bordo (2). Las carabelas medianas iban provistas de seis áncoras y cuatro mástiles. El primero, cerca de la proa, llevaba una vela cuadrada, en cuya cima había un trinquete de gavia; y velas latinas simplemente los tres restantes. En las carabelas mayores el aparejo del palo del centro y del de proa estaba formado por velas cuadradas; y por medio de los otros dos palos de velámen latino, se obtenían evoluciones en todas las marchas. Reinando buen tiempo podían las carabelas andar unas dos leguas y media por hora (3).

La *Santa Maria* que tenía puente, es decir, que estaba provista de cubierta de popa á proa, tenía pues dos palos con velámen cuadrado y otros dos con velas latinas. El palo mayor llevaba encima de la vela cuadrada dos bonetas trincadas. Sabemos que durante la navegacion se emplearon el mesana, la cebadera, el trinquete, el treo, lo que implicaba masteleros, gavias, obenques y un sistema de

(1) Colon á bordo de la *Niña* amenazó al gobernador portuges Castañeda con quitarle un centenar de hombres y llevárselos á Castilla.—*Diario de Colon*, mártes 19 de febrero 1493.

(2) « De alto bordo entre naos galeones et caravellas. » — Fernan Mendez Pinto, *Peregrinaçoens*, cap. xii.

(3) A. Jal, *Archéologie navale*, tom. II, pág. 237.

jarcias y garruchas bastante complicado. Podemos saber muy aproximadamente la dimension de la *Santa María*, porque sabemos que su lancha mayor media treinta piés de longitud (unos diez metros). Pues bien, segun las proporciones fijadas entónces en la construccion naval, la relacion de la lancha con la carabela daría para ésta una longitud de noventa piés de quilla, y otra de veintiseis en el puente, lo que equivale aproximadamente á la dimension de los bergantines de guerra de doce á veinte cañones. La *Santa María* tenia en la popa, en la toldilla, un doble puente, y en la proa un castillo pequeño. En el primer puente y en el castillo habia troneras para los cañones. En el primer puente á popa habia amarradas piezas de gran calibre llamadas bombardas; y en el puente superior habia cañones de laton, miéntras que en la proa se hallaban los pedreros y espingardas. En la proa y costados de la pesada carabela habia colocadas ocho áncoras.

Muy léjos Colon de juzgar demasiado pequeña la *Santa María*, la hallaba de mucho asaz grande; pero como dominado por sus terrores el municipio de Palos no habia querido suministrar ninguna otra carabela, fué preciso contentarse con ella, á fin de evitar interminables dilaciones. Dicho buque, de hermosa apariencia y muy sólido, aunque viejo ya, era pesado, de mediano andar, y nada adecuado para una expedicion de descubrimientos (1).

La segunda carabela, la *Pinta*, de velámen cuadrado, y la tercera, la *Niña*, de velámen latino, tenian un puente en la popa y otro en la proa, y descubierto el espacio comprendido entre ambas. Solamente se habian alzado los bordages lo que media el ancho de una tabla. Igualmente provistas de artillería estas dos carabelas tenian cañones de fundicion en la popa y espingardas en la proa. Cada carabela traía viveres suficientes para un año, y consistian en buey asado, tocino salado, galleta, arroz, garbanzos, habas, judías, sardinas, cebollas, vino, aceite, vinagre, sal, etc. Estas tres embarcaciones que representaban bergantines de diez, diez y seis y veinte cañones, se proveyeron cada una con dos bombas de madera para evitar la introduccion de aguas. Ningun almirante se arriesgaria hoy á una exploracion lejana en semejantes embarcaciones, pero como excepto la *Santa María*, ofrecian las dos carabelas buenas condiciones para acercarse á la costa, y eran suficientes la tripulacion y los viveres, Colon dijo que le parecian «muy adecuadas para la empresa,» y pasó entónces revista al personal de la expedicion.

En la *Santa María* se embarcaron segun el órden que á cada cual correspondia:

El noble Diego de Arana, gran alguacil de la escuadra, sobrino por afinidad de Colon; Pedro Gutiérrez, oficial encargado del mobiliario del rey, agregado á la

(1) «Nao que era muy pesada y no para el oficio de descubridor.» — Las Casas, *Extracto del Diario de Colon*, miércoles 26 diciembre.

contabilidad de la corona; Rodrigo Sánchez de Segovia, nombrado por los Sobe-
ranos *Veedor*, contralor del armamento; Rodrigo de Escovedo, notario real,
encargado de redactar las actas y expedientes, segun lo que ocurriera; el bachiller
Bernardino de Tapia, cronista de la expedicion.

Despues de estos seguian, en calidad de tenientes de navío, los pilotos: Pedro
Alonso Niño, verdadero marino; Bartolomé Roldan (1), marino especulador,
más comerciante que militar; Fernando Perez Mateos, hombre inquieto y envi-
dioso; Sancho Ruiz, apasionado por el servicio; Ruy Fernández, hábil repostero;
Juan de la Cosa, apellidado «el vizcaíno,» práctico en el mar é hidrógrafo por
instinto. Seguian el intérprete de la expedicion, judío converso, bautizado bajo el
nombre de Luis de Torres, quien sabia el latin, griego, hebreo, árabe, copto y
armenio, y luégo el metalurgista oficial Castillo, platero de Sevilla.

El servicio de sanidad se componia de un tal doctor Alonso, mediano médico,
y de un cirujano muy hábil, el profesor Juan, amable y compasivo para con los
enfermos (2). Un hombre intrépido pero modesto, el virtuoso Diego Mendez,
Francisco Ximénez Roldan y Diego de Salcedo, agregados al servicio personal de
Colon en calidad de escuderos, se colocaron con dos de sus amigos, aficionados á
lo desconocido, cerca del gran camarote que él ocupaba debajo de la toldilla del
castillo de popa.

Ademas de Jacomo, el patron de la dotacion y el de las maniobras, que eran
genoveses, habia á bordo un maestro carpintero de ribera, otro calafate, otro
armero, un tonelero, marineros y grumetes en número de cuarenta; entre los que
se hallaban un ingles llamado Tallarte de Lajes, un irlandés llamado William Ires,
dos portugueses y el mallorquin Sebastian; los que formaban, con un criado y
dos cocineros, un total de setenta personas.

¡Cosa notable! en toda la tripulacion de la *Santa María* no habia un solo
hombre de Palos; todos procedian de fuera; la mayor parte eran de Sevilla ó de la
provincia de Huelva. Pero en cambio en la mayor de las dos carabelas, la *Pinta*,
oficiales y marineros eran todos habitantes de Palos, parientes, amigos ó vecinos
de los Pinzon. Hasta el admirador de Colon, el médico Garcia Hernández, domi-
nado por sus diarias relaciones de vecindad, no se habia embarcado á bordo de la
Santa María. Habia seguido como á patron natural, al señor Martin Alonso, su
amigo de luengos años.

El mayor de los Pinzon montaba la muy velera *Pinta*, de la que era capitán. Tenia

(1) Despues de haber dejado el servicio, llegó á ser, en pocos años, el más rico propietario de Santo Domingo, construyendo casas para venderlas.—Herrera, *Historia general*, década 1.ª, lib. V, cap. IV.

(2) Oviedo le llama «hombre de bien y hábil cirujano.»—Traduccion de Juan Pouleur, ayuda de cámara de Francisco I, lib. II, cap. XII.

por tenientes á su hermano Francisco Martín Pinzon, á su primo Juan de Ungria y Cristóbal García Xalmiento; como médico, á García Hernández de Palos, el amigo del guardian de la Rábida, y en calidad de encargado de los víveres, otro García Hernández, natural de Huelva, tenazmente confundido con el anterior por los historiadores; por ayudantes, un García Vallejo, su pariente, despues un García Alonso y tambien un García Diego; el patron y contramestre Gómez Rascon y Cristóbal Quintero, propietarios del buque. Á este último le acompañaba su pariente Juan Quintero, llamado el Plateador. Finalmente, seguian Diego Fernández, Colmenero, Diego Bermúdez, Bartolomé Colin y otros, igualmente servidores ó vecinos de la casa del señor Martín Alonso. Excepcion hecha de Juan Rodríguez Bermejo, natural de Molinos, todos los demas marineros eran de Palos ó Moguer, pueblos cuya proximidad hacia que fuesen tenidos por uno solo. La tripulacion de la *Pinta* llegaba á treinta hombres, incluso los oficiales.

La linda y muy velera *Niña*, mandada por Vicente Yáñez Pinzon, tripulada solamente por veinticuatro hombres, llevaba el resto de los deudos, amigos y vecinos de Pinzon.

Es indudable que Colon, al acabar la revista de la tripulacion, les dirigiria, conforme acostumbraba, una sencilla alocucion, y que, cediendo al impulso de su corazon, les hablaria de Dios, en cuyas manos debian todos entregar su alma. Cualquiera que fuese la resolucion de aquellos hombres, al aproximarse el momento de la partida, se apoderó de todos los ánimos un gran temor. La inminencia del peligro en semejante expedicion, elevó los corazones hacia el Padre de las misericordias. Cada cual pensó en reconciliarse con Dios, confesarse y obtener la absolucion de sus pecados; despues de lo cual se dirigieron juntos procesionalmente al convento de la Rábida con su jefe al frente, para implorar el divino auxilio, y ponerse bajo la especial proteccion de la Virgen Santísima. Oyeron misa y recibieron la sagrada Eucaristia de la mano del padre Juan Perez de Marchena (1), y regresaron con religioso orden á las carabelas.

Era aquella una ceremonia tierna y triste. Todo el pueblo de Palos participaba de la ternura de los marineros: en la iglesia de la Virgen se derramaron muchísimas lágrimas.

Á fin de aprovechar el primer viento Este que se levantara, pasaron á bordo las tripulaciones, sin que ningun oficial obtuviera permiso de dormir en tierra. Izóse el pabellon de leva. Habiendo mandado Colon que se corriera á darle aviso luégo que se manifestara el viento deseado, abrazó á su jóven hijo Diego, que le presentaba su generoso maestro Juan Perez, y habiendo confiado al buen sacerdote

(1) Robertson, *Historia de América*, tom. I, lib. II, pág. 108.

Martín Sánchez y á Rodríguez Cabezudo, llegados de Moguer para despedirse, el cuidado de acompañar aquel niño á Córdoba, á casa de su esposa doña Beatriz, donde debia completarse su educacion, volvió á su celda de la Rábida.

Desde aquel momento parece que ya no tuvo más comunicacion que con el venerable Juan Perez de Marchena (1). No le preocupaban ni el temor ni la idea del peligro. No se inquietaba ya por los hombres, pero sucumbia bajo la carga de su inmensa responsabilidad. Iba á descubrir secretos quizas formidables, ocultos á la curiosidad de los hombres desde la creacion del mundo. Empleaba el tiempo consultando á Dios, escuchándole, purificando su corazon, para que mereciera ser el templo del Espíritu Santo. El conocimiento que tenia de la Sagrada Escritura ensanchaba su inteligencia. Sentíase destinado para una mision más grande quizas que ninguna de las que en tiempo alguno haya recibido un sér mortal. Iba á desempeñar un apostolado inaudito, llevar la Cruz al traves del MAR TENEBROSO á unas regiones desconocidas, y á poner los herederos de la posteridad de Sem en relacion con sus hermanos, antiguamente perdidos, de la familia de Jafet.

Oculto en aquel tranquilo convento donde había recibido tan inesperados consuelos, su fe sencilla pero ardiente se dilatava ante Dios; la elevacion de su sabiduria, no causaba ninguna inquietud á la tierna efusion de su piedad y al candor de su devocion. Meditando su libro favorito, el Evangelio de San Juan, remontábase como el águila de Patmos á las sublimidades del Verbo que lo hizo todo. Su alma tiernamente amante pasaba en la oracion y contemplacion todos los momentos que le dejaban libre los oficios del coro; porque seguía escrupulosamente la regla de San Francisco.

Podemos pensar fundadamente que haría entónces mayores ejercicios de devocion esperando el momento de la partida.

§ VII.

En la noche del 3 de agosto, hacia las tres, despertóse repentinamente Colon al suave susurro de los pinos, cuyas copas comenzaba á mecer la brisa de tierra. El fino oido del marino reconoció muy luégo el viento esperado.

Aquel día era un viérnes.

El viérnes reputado de funesto augurio, y objeto de supersticiosa aversion entre

(1) «Y despues se fué Colon al mismo monasterio, y estuvo con el frayle comunicando su viaje y ordenando su alma y vida y apercibiéndose primeramente con Dios.»—Oviedo y Valdez, *la Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. v, fól. c.